

los siglos, así la gloria de la augusta fundadora, como la de sus hijos, y las de la ciudad por tantos títulos ilustre, que recibió de María la misión más heroica que se lee en los fastos del cristianismo.

En la parte del libro consagrado al culto de María, recorre el curioso y delicado Orsini las tres épocas principales, en las que se puede considerar, empezando ya en su mismo sepulcro, en donde se ponían á orar los cristianos que venían á Jerusalem. En el siglo III ya existían altares y capillas erigidas en honor de la Madre de Dios, según testimonio de Baronio y de San Gregorio Nacianceno, no solo en España y en Siria, sino aun en la misma ciudad de los Césares inundada de idolatría. No tardó en extenderse hasta la Grecia tan tierna devoción. En Italia desenvolvióse con todo su esplendor el culto de María, bajo el imperio del hijo de Constancio-Cloro, no solo en la capital, sino hasta en las humildes campiñas, desde donde se transmitió al áspero terreno de la Gália, que fué desterrando poco á poco la abundante mitología del druidismo materializado, siguiendo la amable presencia de la imagen de María, á los vanos espectros debajo de las encinas sagradas. A medida que la luz evangélica se propagaba entre los celtas, cundía asimismo el culto de la Virgen en el centro de la Europa. En la invasión de los bárbaros del Norte tuvieron que esconderse las pequeñas estatuas de María. Era muy natural que cuando aquellas hordas de salvajes inundaron al Mediodía como un torrente devastador, tuviesen que esconderse los símbolos queridos de la parte más bella de la civilización cristiana, hasta que después, por uno de aquellos prodigios que ostenta la Providencia en la dirección de los sucesos del mundo, destruido por aquellos el muelle y corruptor politeísmo romano, renació de entre las ruinas causadas por aquellos invasores, la nueva religión que iba transformando la faz de la tierra, y con ella el culto de Jesucristo, de su Madre y de sus Santos. Así es como iban descubriéndose después las santas imágenes, libradas del furor vandá-

lico; hallazgos que, cercados de risueños prodigios, pintan con embeleso las crónicas españolas, belgas y francesas.

En el hundimiento universal de todas las instituciones, producido por la inundación de los septentrionales, una sola cosa pudo resistir, y fué el cristianismo. Consolados por él únicamente los vencidos, debían con el tiempo domar el feroz espíritu de sus vencedores con la influencia poderosa de la nueva doctrina, que obraba de un modo asombroso sobre aquellos géneos belicosos, pero austeros y no corrompidos. Solo los rayos de una fé divina de amor y de esperanza podían ablandar aquellos corazones empedernidos: el carácter de la Madre de Dios embelesaba aquellos pueblos feroces y recién convertidos, y los godos, germanos y escandinavos depusieron sus pieles y sus mazas á los pies de María. La Normandía y la Inglaterra conocieron el culto de María mucho antes que la Europa septentrional; tuvo su origen en las orillas del Ebro; pasó más tarde á las de Sena y del Támesis, y solo después de prolongadas luchas y señaladas victorias se extendió á las naciones del origen eslavo, entre las cuales debe ocupar la Hungría el primer lugar. Las orillas del Vístula vieron á María venerada desde la conversión de Misislao por la bella Dumbrowka, princesa de Bohemia, y la Polonia invocó por su reina á la Madre de Jesús. Mas lenta fué en Dinamarca la propagación del Evangelio; y por influjo del santo rey Olao, la Suecia acogió en el dorado recinto de Upsal al Dios de los cristianos y á la Reina de los ángeles.

Pero, ¡qué lástima! El culto de María, que por tanto tiempo había florecido en los tres reinos del Norte, como lo acreditan aún sus grandiosos monumentos, quedó como una flor marchitada por el viento abrazador de la Reforma. La Prusia había recibido la luz de la fé bajo la protección de María, y en el Bajo Imperio la adoración á la Madre de Dios llegó hasta el más alto punto á que podía elevarse el culto de *hiperdolia*. Los griegos, pueblo amable é ingenioso que ofreciera incienso al *Dios desconocido* y erigiera altares á la Misericordia, halló en la *tota santa* cuantas bellezas y atractivos le ofrecían sus númenes fabulosos. Constantino y sus

sucesores pusieron á su imperio bajo el manto protector de María. Y entre esos mismos griegos, tan adictos á la Virgen, ¿quién lo creyera? abortaron las heregías más contrarias á su dignidad y á su culto. Nestorio disputaba á María su título de *Madre de Dios*, y los incoelastas arrastraban sus imágenes por el lodo, quemándolas en las plazas públicas. Mas tarde, empero, repararon tan graves insultos, rindiéndole toda clase de homenajes, y combatiendo bajo sus auspicios; y ni aun hoy día, abatidos y dominados por el alfanje turco, han perdido su devoción á María. En el concilio celebrado en Efeso en 491, para anatematizar la heregía de Nestorio, aparece el fervido entusiasmo de los griegos y de todas las costas del Asia menor á favor de la Santa Virgen. Y su culto, recibido con igual fervor entre los griegos y los bárbaros, se propagó desde el poniente á la aurora con asombrosa rapidez. La tierra, que vió nacer tan preciosa planta, no fué la que la cultivó con ménos empeño. El Oriente la eligió por su Señora, y á él pertenece el honor de haber instituido las primeras festividades en honra suya. Los monumentos religiosos de los campos de la Palestina dedicados á la Divina Madre, Santa María de Nazareth, Nuestra Señora la Nueva en Jerusalem, la basílica de Santa María en Damasco, quemada por los mahometanos en 924, los conventos dedicados á la Virgen en el Egipto, en la Siria y en la Caldea, demuestran el culto magnífico que tuvo allí la Madre de Jesus, descollando entre todos los monasterios orientales el Monte Carmelo, cuya fundacion se pierde en la noche de los tiempos, así como se perdió entre los aires el carro de fuego que arrebató de la tierra al profeta de María.

Hasta los infieles de Oriente conservan un religioso respeto á la Virgen purísima de Nazareth: los turcos y persas la honran y la invocan como á la más perfecta de las mujeres: los armenios y copios celebran con varios ritos las festividades de María, y los etiopes llevan esta devoción hasta el fanatismo. La secta de los arrianos hizo decaer algun tanto el culto de María, pero renació bajo las victoriosas banderas de los francos, y brilló durante los reinados de

los príncipes merovingios, continuándose por los Capetos y demas reyes de Francia.

El culto de la Virgen floreció algo mas tarde, despues de la primitiva Iglesia, á medida que su proteccion se dejó sentir en las grandes calamidades de los pueblos. La edad media la consagró sus hechos de armas y sus torneos; y su nombre, traducido en todas las lenguas de Europa, era el grito de guerra de los varones flamecos, daneses y anglicanos. En sus altares se deponían ó colgaban los despojos del enemigo, y en honor suyo se entonaba el himno de la victoria. María reinaba en los altares y en los campamentos, en los consejos de los reyes, en las repúblicas, en el hogar doméstico. Los españoles no cedían á los italianos en su devoción á la Madre del Salvador: en sus galiones cargados de barras de oro llevaban la estatua de la Virgen de plata macisa, ante la cual oraban mañana y tarde los emprendedores marinos del tiempo de Isabel la Católica. En época ménos remota, habiéndose apoderado en cierto combate naval de una de estas imágenes los forbantes de la isla de la Tortuga, los españoles, aunque despojados de todo lo que poseían, solo pensaron en reclamar la Madona, objeto de su veneracion: entabláronse negociaciones con los piratas, únicamente para librar á la Santa Señora de las profanaciones á que estaba expuesta entre hombres que afectaban vivir sin fé ni ley, pero fueron infructuosas.

María fué invocada por los portugueses en el descubrimiento de las Indias Orientales: y esta devoción cordial á la Virgen era aún general á fines del siglo XVI. En los tribunales, en las universidades, en los palacios, en las casas particulares, en todas partes dominaba este amor y tierno respeto, hasta que los sectarios del mismo siglo se desencadenaron contra las imágenes de María y de los Santos, y proclamando en materias de religion la soberanía de la razon privada, se afanaban para sofocar tínicamente en los pechos el dulce amor de María. Cubrieron de escombros y de sangre una gran parte de la Europa, y no es

posible trazar con palabras la historia de tantas atrocidades, de tantas escenas de exhalada barbárie, de una crueldad sin ejemplo. Treinta mártires jesuitas españoles, fueron sumerjidos en los abismos del mar por los intolerantes idólatras de la reforma, y murieron sin abrir sus lábios, como su divino modelo. Sin embargo, los protestantes han menguado mucho de su primitiva fiereza, y ahora son mas tolerantes, porque tienen ménos fé en sus doctrinas, que están palpitando en su agonía, pues el mundo culto, se va repartiendo ya entre dos solas banderas, el catolicismo y la incredulidad, y ese término medio que se llama reforma, no parece sino como el primer golpe dado contra las creencias cristianas y la sociedad. Sabido es ya como se arrancó el catolicismo en Inglaterra, el pueblo de los santos, el pueblo mas adicto, mas tiernamente amante de la madre de Dios. La caprichosa y feroz tiranía de un príncipe voluptuoso, los desconciertos, absurdos y el servilismo de su parlamento, y la vergonzosa codicia de los grandes de su corte, sofocaron la voz universal del pueblo inglés, tiranizaron sus deseos, se afanaron en arrancar sus mas dulces convicciones, le dejaron sin iglesias, sin hospitales, sin asilos, sin comunes y sobre todo sin esperanza, á este pueblo que iba á orar por la noche sobre los altares derribados de las hermosas y benéficas abadías, cuyos recientes poseedores habian empezado por desterrar la limosna y la hospitalidad.

El nombre de María ha quedado en aquellos desgraciados pueblos como un hermoso suspiro exhalado por un arpa antigua colgada de un sauce abandonado, que recuerda dias bellos de armonía celeste y de expansiva felicidad. La memoria de María es indestructible en los pueblos donde una vez ha ejercido su dulce imperio: donde quiera deja señales ostensibles de su existencia. Las catedrales católicas ostentan en sus frisos los milagros de la Madre de Dios, y su imájen en las vidrieras: quedan vestigios de sus altares en las lozas de mármol, gastadas por las rodillas de diez generaciones católicas. Parece que la Virgen protesta contra el decreto sacrílego que la desterró de la Gran Bretaña, y que su som-

bra ha dejado algo todavía en el ingrato país donde la invocaron tanta multitud de santos que ahora triunfan en el cielo. Las melancólicas y pintorescas ruinas de los monasterios dedicados á la Virgen, pueblan tambien las mas bellas comarcas de Alemania; todavía conservan su nombre muchas ciudades del Norte: llévanle algunos golfos de Dinamarca, y la Estiria, el Austria, la Illiria, la Suiza, el Tirol, el Gran Ducado de Baden, poseen aún santuarios donde acuden á orar devotamente á Nuestra Señora las poblaciones católicas de la otra parte del Rhin.

Apareció empero el Nuevo Mundo, y en él recuperó el culto de María lo que habia perdido en el antiguo. Multitud de misioneros de varios paises, sintiéndose devorados por una ambicion santa é insaciable de conquistar almas para Jesucristo, partieron, en particular de España, con una imájen de la Virgen, y acometieron la grandiosa empresa de civilizar á las dos Américas bajo la proteccion de la Estrella de los Mares. Penetraron en India, Ceilan, el Japon y la China, y en todas partes fué recibida con amoroso entusiasmo la dulcísima imájen de María. Ella abate para siempre en Lepanto el orgulloso invasor del Islamismo; todos los monarcas de Europa se acojen bajo su manto. Una revolucion, hija de la del siglo XVI, arroja otra vez en el centro de Europa á la Virgen de sus altares y á Dios de sus templos. Y cuando parecia que su memoria iba á hundirse para siempre en la mas bella parte del mundo, aparece otra vez radiante de gloria, á pesar de las miserables parodias que otros pueblos, ó sea otras masas de hombres, que usurpaban su nombre, hicieron de aquel atroz y bastardo sacudimiento social y religioso. Actualmente el culto de María se propaga, aunque lentamente, en las Indias de América, y el rosario se reza en lo mas profundo de sus bosques. La Siria, la Grecia, la Francia, la fiel Italia, la España, mas fiel aún, le rinden culto, la veneran, la aman, ponen en ella toda su esperanza..... Todavía admiramos muestras evidentes y asombrosas de la visible proteccion de la Madre compasiva de los pobres y desvalidos. Todavía vemos salir de nuestros puertos una

nave que lleva hijos de nuestra patria, que bajo el estandarte de María van á propagar la luz de la fé y de la civilizacion á las distantes regiones de la Australia.

Desde el pilar de Zaragoza como desde un faro, la tierna devocion de María alumbra los anales de nuestra historia y se extiende por todos los siglos. Teodosio, aquel emperador español grande por sus virtudes y por su celo, levantó sobre el sepulcro de María una iglesia sostenida por columnas de mármol, en el siglo IV, mientras que en el V los himnos de Prudencio, poeta Cesar-augustano, subian hasta el trono de la Emperatriz de los cielos. La imájen de Guadalupe, célebre ya en el siglo VI, segun Mariana, por sus milagros, fué objeto de veneracion profunda y de culto magnífico para los monarcas españoles de los siglos posteriores. Ya en el siglo VII se celebraban en España la Anunciacion y la Purificacion de la Virgen, para cuyas festividades compuso, segun se afirma, algunas misas muy devotas y oportunas San Ildefonso, obispo de Toledo; al cual recompensó la Santa Virgen, con patentes prodigios el ferviente celo que desplegó en honra suya. En el siglo VIII la visible proteccion de María ocupa la primera página de las glorias españolas contra sus invasores sarracenos, y el nombre de Pelayo se enlaza con el de Nuestra Señora de Covadonga, á la cual erigió aquel héroe una iglesia en el lugar mismo en que alcanzó su primer é inesperado triunfo contra los enemigos de su fé. Descuella en el siglo IX, como las altísimas cúspides de sus montañas, la Virgen de Monserrate, venerada por tantos siglos, de tantos reyes y de tantos pueblos, cuyo magnífico santuario se levanta en medio del antiguo principado, como un panteon de defensa y de misericordia. La catedral de Leon, ornamento precioso del género gótico, es un monumento perenne de la piedad con que el rey Don Ordoño II, en el siglo X, la dedicó al culto del Señor, bajo la invocacion del último triunfo de María al ser subida á los cielos, cuya estatua sobresale en su altar principal. La iglesia de Toledo atestigua cuanto deben los españoles á la proteccion de María bajo el título de la Paz, por

la cual en el siguiente siglo fué conservado aquel grandioso santuario y preservado del furor de sus invasores. Don Alonso el Batallador, hallándose en Tafalla el año 1129, decretó la repoblacion del Burgo de Pamplona, destruido en tiempos anteriores; y en el respectivo *Fuero*, base de la célebre legislacion navarra, donó la nueva poblacion á Dios y á Santa María, patrona de su iglesia Sede, é invocada en su Asuncion gloriosa. El español Domingo de Guzman, á principios del siglo XIII, llenó el siglo y el mundo de las alabanzas de María con la santa institucion del Rosario; y en ese mismo siglo, al estandarte santo de María, desplegado en las Navas de Tolosa, se debe aquella eterna victoria dada por Alfonso VIII de Castilla contra los moros, que puede considerarse como la lucha campal y definitiva entre los hijos de Cristo y los de Mahoma, segun frase de un escritor contemporáneo. A este siglo se refiere tambien la institucion mas heroica de la caridad fundada por María en Barcelona, de la que ya hemos hablado. María recibió los himnos que le consagraron el génio de Gonzalo de Berceo, el primer escritor que versificó en romance castellano, y del sábio rey Don Alonso, cuyo padre, el santo rey Fernando, atribuyó á la proteccion de María, cuya imájen llevaba siempre consigo en las batallas, sus conquistas de Córdoba, de Jaen y de Murcia, y todos sus triunfos militares. El rey sábio, su hijo, empezó en nombre de Dios y de su Santa Madre el código inmortal que le ha valido el título, como un moderno Salomon, de sábio entre los reyes. Los grandes descubrimientos, así como las grandes victorias, se hacian bajo la dulce invocacion de María. Así como Pelayo habia invocado en Covadonga á la Madre del Dios de los ejércitos, los reyes católicos, despues de ocho siglos de combates, plantan la bandera de la cruz en los muros de Granada, invocando á María, y del mismo modo conquista Colon un nuevo mundo, poniendo tan dulce nombre á una de las primeras posesiones que hace como salir del desierto de los mares. Habia pasado ya el siglo XV, y la grande Teresa de Jesus quiere con una nueva reforma atajar los

progresos de la reformadora impiedad, y el jóven de Austria abate y humilla para siempre sobre las ondas de Lepanto el Orgullo de Oriente amenazador, con la proteccion de María. No concluyó el siglo XVI sin que la piedad de los monarcas españoles levantase grandiosos templos al verdadero Dios en los países á ellos sometidos en la otra parte del Océano. Las catedrales de América son ricas como los torrentes de oro y de plata que de aquellas regiones vinieron á Europa: y entre ellas sobresalen la de la Puebla de los Angeles y la metropolitana de la corte de Moctezuma, y en ellas se veneraban ya entónces las gloriosas imágenes de María. Todos los santos fundadores, así de las órdenes religiosas como de las militares, eran inspirados por la devocion y alentados por la esperanza de María. Las órdenes de Santa María de Montesa, fundada por Don Jaime II de Aragon, la de la Concepcion Inmaculada, por Cárlos III en el último siglo, atestiguan entre otras muchas instituciones, que nos es imposible enumerar tan solo, que en España, tanto los reyes como los pueblos, así en las grandezas, como en los infortunios, se han cobijado siempre bajo el manto de María. Y en el siglo XIX ¿qué será? No dudamos, á pesar de todo, que al espirar, podrá la posteridad añadir algunas páginas de oro á la crónica española del culto de María.

Parece que el culto de la Virgen Madre sea un manantial fecundo en donde el génio, aun cuando se halla desheredado por la fé, anhela beber inspiraciones que no sabria encontrar en otra parte. La suave y poderosa aparicion de la Virgen Madre, léjos de abajar y comprimir el pensamiento humano, eleva y sostiene el alma en su vuelo hácia aquel mundo intelectual á do tiende el poeta, el artista, el hombre de génio creador, y que es como el país de las artes, y de los conceptos y sentimientos mas puros y deliciosos.

Los poetas cristianos han cantado á María: los pintores, casi todos, han tomado de su historia el asunto de algunos cuadros. Si hemos de dar crédito á una antigua tradicion, el evangelista San Lúcas era pintor y dejó un retrato de la Santa Virgen, del que

se ha sacado numerosísimas copias. En los siglos de la fé, Cimabue, Giotto, Juan Bellini, el Perugino, Alberto Durer, trazaron, cada cual en su género, hermosos tipos de la Virgen María. En la época del renacimiento, entre los artistas sin número que han representado á María, ó sola, ó con el niño Jesus, ó en aquellas graciosas composiciones que se llaman Santas Familias, debe citarse en primer lugar, y como habiéndolos anticipadamente superado á todos, Rafael de Urbino, el cual supo dar á la Santísima Virgen un carácter eminente de hermosura y de nobleza divina: tipo sublime, mágica creacion del génio, que todos han probado imitar y que nadie alcanzar ha conseguido. Despues de Rafael, débese nombrar Carracho, Poussin, Lesueur, Mignard y Murillo. Nadie ha expresado mejor que Lesueur, el profundo dolor, pero noble y celeste, de María al pié de la Cruz. Nunca las angustias del alma humana se han presentado de una manera mas augusta y en la que mas se descubra un pensamiento de fé y un sentimiento de resignacion. El pintor en este grande carácter de la Virgen ha llegado verdaderamente á la perfeccion del arte; y toda su composicion respira tan animada sensibilidad, que arranca al espectador como fuera de sí mismo, y le hace creer que se halla en realidad en el lugar de la escena, llenándole de un sentimiento indefinible de simpático dolor. Murillo supo adivinar asimismo el bello ideal del arte en sus retratos de la Virgen, que pintaba de rodillas, y cuyos rasgos le salian del corazon. Cuando el génio se remontaba en las alas de la fé hácia estas concepciones sublimes, cuando el alma empapada de amor reflejaba la íntima conviccion del sojuzgado pensamiento; y dirigia el pincel para dar libre expansion al sentimiento religioso que la dominaba, cuando el ejercicio del arte era un vuelo del corazon hácia los augustos objetos cuya realidad le ponía la fé ante los ojos, entónces se delineaba la imagen de la verdad en sus mas embelesantes coloridos: entónces el pintor sabia, por decirlo así, hacer descorrer algun tanto el velo de los misterios, para hacerlos en cierto modo visibles á los ojos del espectador, que, al mirarlos, experimentaba los mismos sentimientos del

artífice. La fé guiaba al arte, y le prestaba recursos desconocidos.

Tal fué María, Madre de Jesucristo, y nuestra comun madre, dándonos la Providencia la vida por el mismo medio que nos habia dado la muerte, y volviendo en gloria suya lo que habia causado nuestra ruina. La desobediencia de Eva, nuestra primera madre, nos habia arrebatado la herencia de los cielos: la felicidad de María, la segunda Eva, hizo bajar otra vez la gloria y la felicidad sobre nuestras frentes de las que habia caido la corona. Del seno de la primera sale la turba inmensa de las generaciones condenadas: en el seno de la segunda se forma la preciosa perla, entregada por el rescate de los hombres proseritos. De un gérmen infelizmente emponzoñado, nació despues de cuarenta siglos una flor agraciada y pura. María vino á levantar á Eva de su caida, corregir lo pasado, ennoblecer lo presente y preparar lo porvenir, dando al mundo á Aquel que es la verdad y el amor.

Demos, aunque con mano débil, el último rasgo al cuadro de María. En el terrible sacudimiento que en estos últimos años acaba de sufrir nuestra patria, parece que todos los espíritus que creen y todos los corazones que aman, hayan dirigido sus miradas hácia el astro de María. Cuando parecia que el cielo hubiese como abandonado al mundo á su propia actividad, y dejado en todo su funesto desarrollo la voluntad del hombre; cuando tras una persecucion de fuego y de sangre como la de los emperadores de Roma, ó la de los hijos de Atila, ó la de los frenéticos reformistas, se temia que el sopro mortal de la indiferencia no hubiese helado los pechos que no laten ya sino por sus goees del momento y que dan muestras de haber renunciado tenazmente á toda otra felicidad; cuando los ojos se preparaban ya para llorar sobre la desolada Esposa del Cordero y sobre las ruinas de sus augustos munumentos, y el corazon á gemir sobre las ruinas mas tristes todavía de la fé y de la esperanza, vagando con dolor sobre los pueblos muertos enteramente para la vida de la verdad como por un vasto sepulcro; entónces es cuando se levanta en medio de esta

noche tenebrosa en que creiamos sumerjido el mundo moral, la estrella brillante de María, como para librarnos del naufragio. Millares de almas, ardiendo en una llama divina, se alistán bajo sus banderas para conjurar como una cruzada pacífica el nuevo vandalismo que amenaza á la religion y á la sociedad, y hasta el seno de la familia. Y de repente se admira con asombro una reaccion santa de las inteligencias hácia el foco augusto de las verdades religiosas, una necesidad manifestada de nutrirse los espíritus con las doctrinas del órden sobrenatural que se habia condenado como una debilidad, ó un caduco vestigio de añejas preocupaciones. La misma razon humana, asustada del precipicio á que le empujara la intolerancia del error, retrocede algunos pasos, y proclama la tolerancia de todas las opiniones como el último esfuerzo de la civilizacion del siglo. Sin embargo, la religion tiene que luchar frente á frente con todos los errores, que como espectros de terror se evocan de todas las antiguas escuelas, ataviándolos con formas nuevas y deslumbradoras. Pero su fuerza queda lánguida, su luz palidece ante el sol de la verdad, y si bien la generacion presente aparece en su mayor parte sumida como en un letargo de muerte, no obstante, la antorcha de la fé resplandece con todos su celeste fulgor en medio de los pueblos, ya fatigados, y su influjo obra lenta y poderosamente para producir una generacion mas afortunada. A María se la pone como al frente de este movimiento general que se va operando en Europa, á pesar de todas las utopias y de todos los delirios: su dulce imájen se reproduce millares de veces y se propaga rápidamente, recibiendo quizá el ósculo secreto del que aparenta despreciarla. Un famoso hijo de Israel dá la señal de una conversion asombrosa, y mil otros Paulos caen por todas partes de sus soberbios corceles, aterrados por la voz de lo alto que les clama: ¿Por qué me persigues? Y el redil del Salvador va ganando prosélitos, como en los tiempos primeros de la Iglesia, que desertan de este moderno gentilismo para entrar en la grey de los escojidos. A María se erije un trono como á Reina, y se pone en sus manos el cetro del mundo, y sus hijos

la rodean y honran en homenaje perpétuo como sus cortesanos. Otras almas piadosas, no ménos amantes, se acojen bajo las alas de su corazon maternal, despues de haber adorado el corazon de su divino Hijo. Coros innumerables de vírgenes, á quienes está confiado tal vez ó el tesoro de la virginidad ó la direccion de la generacion futura, la aclaman por patrona y por Madre, con himnos incesantes y con pureza de corazon. Y en el mes de las flores, en que toda la naturaleza parece reflejar en su faz rejuvenecida las gracias de María, se le consagran los bellos dias de mayo, abriéndose los corazones á la Madre del hermoso Amor, como á una primavera del cielo.

Saludémosla, por conclusion, con el himno que un coro de vírgenes consagradas al Señor le canta todos los años entre los perfumes de las rosas del mes de María.

### CORO.

Gloria de los cielos,  
Placer de las almas,  
Salve Estrella hermosa  
De nuestra esperanza.

Cual rie natura  
De flores ornada  
Y en dulces perfumes  
El aire embalsama,  
Así fresca y pura,  
María sin mancha,  
Brillas para todos  
Del Mayo en las galas.

El pecho inocente  
En el candor te halla  
Del lirio suave  
Que aromas exhala,

Y entre la azucena  
Modesta y nevada,  
Tu sin par pureza  
Su amor arrebató.

Luna, Sol, Aurora,  
Lucero del Alba,  
Fuente que dá vida,  
Soplo que regala,

Todo lo que brilla,  
Todo lo que pasma,  
Es de tu hermosura  
Sombra desmayada.

Si Dios vistió el campo,  
Matizó las plantas,  
Y doró las nubes,  
Y esmaltó la escarcha,  
Te crió mas bella,  
Virgen Soberana,  
Y son tus reflejos  
Las cosas criadas.

Todo cuanto al mundo  
Cautiva y encanta,  
Como emblema tuyo  
Tu beldad ensalsa;

Que ántes de los siglos,  
Cual pasmo de gracia,  
En el pensamiento  
Del Señor ya estabas.

Ya de los profetas  
Las célicas arpas  
Ántes de nacida  
Tus timbres cantaban:

Tú eres cedro y mirra,  
Tú eres rosa y palma,